



BAJO EL ESQUIRLADO  
CIELO DE  
ESCOCIA

HELENA PINÉN



BAJO EL ESQUIRLADO  
CIELO DE  
ESCOCIA

HELENA PINÉN

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-63-9  
Depósito Legal: CS 52-2023  
© del texto, Helena Pinén  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Ana M<sup>a</sup> Benítez

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A todos los que habéis creído en mí.*



# Prólogo

*Dalston, Escocia, 1728*

Lachlan la detuvo cogiéndola del brazo. Ella se quedó paralizada. Creía que había sido clara: iba a casarse con su prometido y no quería pensar en la vida que podría tener si decidía no hacerlo. Lo miró y le dolió ver el sufrimiento en sus ojos. Lo amaba con toda su alma, pues él era la única persona que había visto en ella algo más que ser la hija de un abogado que había enviudado muy joven y que nunca se había vuelto a casar. Todos habían pensado que, como hija devota que adoraba a su padre por encima de todo, sería sumisa en todos los aspectos de su vida. Sin embargo, Lachlan había ido más allá y había conocido a la persona que se encontraba bajo el apellido. Era una lástima que lo hubiera conocido semanas después de que su padre la comprometiera con el bruto y patán alguacil de la aldea.

Dios Santo, era increíble cuánto la amaba ese hombre. Y Emma le había despedazado y arrancado las entrañas diciéndole que, pese a haberle entregado su corazón, su alma y su cuerpo, no se escaparía con él.

Lo hacía por su padre. Temía las represalias si no se presentaba en la iglesia para ser la nueva esposa del alguacil, quien pasaba por el altar por tercera vez. Irónicamente, la gente del pueblo tenía razón al chismorrear sobre ella. Era devota, sin duda. Y también sumisa, a fin de cuentas.

Sabía que, por no destrozar la vida del hombre que le había dado todo hasta ese día, estaba destruyendo la del hombre que podía darle un buen futuro.

Se odiaría por ello hasta el fin de sus días.

—Veo en tus ojos que sabes que esta decisión te perseguirá toda la vida. —El guerrero sonrió con tristeza—. Y a mí también me seguirá hasta el día de mi muerte, si es que hoy no fallezco aquí mismo y solo resta de mí una carcasa andante.

El aguijón de la culpabilidad y del egoísmo se clavó entre sus costillas. Emma por poco perdió el equilibrio al intentar acercarse a él.

—Lachlan...

—No, lo comprendo. Me enamoró tu generosidad, si bien nunca contemplé que semejante virtud se volviera en mi contra.

La soltó unos momentos y del cuello se desató una cadena que terminaba con un nudo alrededor de una piedra agujereada de color verde y dorada.

—Si en el futuro tienes un hijo, entrégale este colgante y dile que siempre contará con mi apoyo y protección. —Tomó su mano y guardó en su palma aquel presente.

Emma notó que las lágrimas que había contenido por dignidad le emborronaban la mirada. Todo el mundo cotilleaba que el alguacil no era una buena persona cuando abusaba del alcohol. Incluso su padre lo sabía y le había advertido de ello cuando el hombre se le propuso. Por aquel entonces, ella veía que se hacía mayor y que el hombre calvo, regordete y de mejillas sonrosadas era su única opción. Si tan solo hubiera esperado, podría haberse casado con un guerrero fuerte y cariñoso que no amaba más al alcohol que a sí mismo.

Miró la piedra, rugosa pero bellísima, que contrastaba con el color de su blanca piel. Lachlan le ofrecía protección para su hijo porque también era conocedor de los modales de su prometido cuando este se tomaba más de tres vasos de cerveza.

—Eres el hombre más bueno que he conocido jamás.



—Es una pena que mi bondad no sea suficiente para convencerte de que dejes atrás todo esto. —El hombre se inclinó hacia delante y le besó la frente.

Emma cerró los ojos mientras notaba cómo el dolor se filtraba por cada poro de su piel e inundaba sus venas, espesando su sangre y dificultándole la respiración.

Le dolía muchísimo pensar que estaba renunciando a la felicidad, al amor, al afecto, por no decepcionar a aquel que la había criado y educado. La mataba pensar que no vería más la sonrisa de Lachlan, siempre burlona y tan estirada que arrugaba la comisura de sus ojos. Le revolvía el estómago imaginarle entregando sus besos y caricias a otra mujer, aunque estaba segura de que lo haría. Los hombres pensaban con la entrepierna y sanaban rápidamente un corazón agrietado, por más que insistieran en que el desamor les condenaba a vagar por un mundo sin sentido.

—Te quiero, Emma.

Dio media vuelta y su falda de colores, que lo identificaba como escocés de un pueblo cercano a la frontera entre Escocia e Inglaterra, revoloteó a su alrededor. Emma lo observó escabullirse de la cuadra de su padre como un vulgar ladrón. En cuanto lo perdió de vista, se derrumbó contra la pared y sostuvo la piedra contra su corazón. Quizá aquel pedazo de roca pudiera caldear su interior ahora que notaba un frío infernal recorrerle todos los huesos, condenándola a un destino fatal donde había elegido mal.

Su conciencia estaría tranquila, pero su felicidad se habría desvanecido para siempre en cuestión de horas.



# I

## *Años después. 1747*

Cada tarde, después de hacer sus tareas sin descanso, Nessie paseaba alrededor de las murallas de la aldea. Era el único momento del día en el que olvidaba todas sus obligaciones y sus pocos derechos como mujer. Allí, a solas consigo misma, caminando por la hierba húmeda, se permitía ser libre. La soledad del momento le daba paz y la ayudaba a poner sus pensamientos en orden. Como si hubiera nacido para estar lejos de esos muros altos y amenazadores.

No obstante, sabía que no podía marcharse. Solo lo haría si se casaba con algún hombre que no fuera del pueblo, si bien era complicado. Su padre había decidido que la casaría en breve. Consideraba que a sus dieciocho años ya tenía edad para cuidar de una casa, un marido y un puñado de hijos. No se había molestado en preguntarse qué quería Ness. La chica no ansiaba que le impusieran algo así, mas no tenía voz en su propio hogar porque no era nadie. Para su padre, una mujer era una esclava que solo hablaba cuando se le preguntaba. Ness no había podido decidir nada de su vida, le habían arrebatado todas las decisiones sin darle opción a decir lo que pensaba. Por el amor de Dios, incluso estaban enseñándola a ser matrona en el castillo de la aldea porque él así lo había querido.

Martin Myers se creía su dueño y se pavoneaba de ello.

En vez de protestar, Nessie debía estar agradecida porque le habían dado permiso para pasear sin carabina, sin armas, más allá

de la vista de su progenitor. El viejo alguacil no era un tipo bondadoso, sus castigos eran terribles cuando era llamado a cumplir sus funciones. Y Nessie lo sabía bien. Había visto a su madre probar su fuerza desmedida y ella misma lo había vivido en su propia piel.

Había aprendido que era mejor callar y disfrutar de esos pocos minutos de tranquilidad lejos del amarre feroz de su padre. Por más que quisiera gritarle, golpearle y demostrarle que no era una mota de polvo, Ness estaba atada de pies y manos.

¿Quién sería el hombre que se casaría con ella? Eran varios los amigos de su padre que se habían interesado por ella: desde los ancianos viudos que solo comían pan y queso si no tenían una mujer cerca, hasta aquellos que querían que sus hijos, enclenques y sucios, fueran candidatos a su mano. Fuera quien fuera, ¿sería bueno? ¿La maltrataría? ¿La dejaría hablar durante la cena? ¿Le permitiría seguir paseando por el límite del bosque para que tuviera unos minutos para ella?

Alzó la cabeza cuando oyó un par de pajarillos trinar. Volaron muy cerca de ella, tanto que pudo apreciar su plumaje gris con destellos negros. Sonrió con tristeza. Al menos había seres que podían ser libres.

Ojalá algún día las hijas, esposas, madres y nietas no estuvieran sometidas a la voluntad de los hombres, que creían que eran propiedades que mantener impolutas para dar buena imagen e intercambiarlas por dinero, reputación o bienes cuando se les antojase.

Dio media vuelta y regresó hasta el puente levadizo. Cuando estuvo bajo el gran arco de piedra, miró hacia atrás. Por milésima vez, fantaseó con escapar. Con echar a correr lejos, abandonarlo todo y empezar de cero lejos del yugo de su padre. Quizá lo consiguiera. Si se cortase el pelo, perdiera peso y sus ropas fueran harapos, sería fácil pasar desapercibida con un nombre falso. Podría hacerse pasar por huérfana.

Sin embargo, su madre era el motivo por el cual sus pensamientos no se convertían en acciones.

De huir, sería su madre quien pagaría el precio de su insensatez. Posiblemente sería golpeada y asesinada por la rabia del alguacil al saber que la única hija que había podido darle se había esfumado.

Suspirando, terminó de cruzar el puente. No se molestó en saludar a los vecinos con los que se encontraba. Había aprendido que los hombres no le dirigían la palabra. Solamente las mujeres le sonreían y se paraban a preguntarle cómo estaba.

—¡Ness!

La muchacha se detuvo a escasos metros de la puerta de su casa. Se volvió hacia Alec, el hijo menor del panadero.

Alec, como buen tercer hijo, había aceptado su destino de ser sacerdote y se había marchado a prepararse para tal función hacía años. Apenas pasaba por allí. El que antaño fuera su amigo, ahora era un hombre dispuesto a encomendar su vida a Dios únicamente porque la sociedad así lo creía oportuno, y estudiaba muy duro para ello. Desde que se marchó, solo había visitado el pueblo un par de veces, así que era extraño encontrárselo entre las calles malolientes que antes le vieron corretear como un niño feliz.

Habían jugado mucho juntos cuando eran críos. Pese a la corta diferencia de edad que les separaba, Nessie y el niño habían congeñado muy bien. Con Alec había jugado a esconderse en los lugares más recónditos del pueblo e incluso había aprendido a manejar la daga. El panadero le había entregado una al cumplir los diez años y el crío, que ya se veía más cerca de ser un hombre, había presumido del arma durante semanas. Nessie había insistido por meses para que le diera lecciones. Alec había claudicado, tal vez cada vez siendo más consciente de la realidad que había en casa de Nessie. Le había mostrado cómo pelear con los puños y con aquel cuchillo pequeño de mango azul. Por supuesto, las enseñanzas se habían dado en secreto. El alguacil no quería que Nessie se juntase con los hijos de quienes creía inferiores; como el panadero, la costurera o el herrero, al que le faltaba una pierna.

Alec había sido fuertemente azotado cuando alguien dijo que los había visto fuera de las murallas practicando con una daga. Ella

estuvo seis meses sin salir de casa, observando las estaciones pasar desde la ventana. Ni siquiera había podido despedirse de Alec cuando se llevaron a su amigo al seminario porque Martin así lo había reclamado.

Era la primera vez que le veía desde entonces. Había pasado tanto tiempo que era un milagro que pudieran reconocerse después de todo.

Lo echaba de menos. Era el único que no le temía al alguacil y que se había acercado a ella sin pensar en cargos o apellidos. Había sido un buen amigo, que siempre la había consolado al verla llorar y que la había apreciado sin importar los cotilleos.

Supuso que no era buena idea saludarlo informándolo de ello, mucho menos cuando estaban rodeados de gente que iba y venía. Así que se quedó quieta en el sitio, balanceándose sobre los pies y sin saber qué decir.

Cuando se llevaron a Alec, había imaginado cientos de veces su reencuentro. Incluso había memorizado un diálogo en su cabeza. Pero, en su mente, ninguno de los dos era adulto, ni sabían lo que eran las responsabilidades o se preocupaban por el decoro. Hacía años de aquella conversación imaginaria. Nessie incluso la había olvidado; pues, con el paso del tiempo, el recuerdo del chico que no había temido a Martin Myers había terminado por diluirse.

—Vaya..., hola. —Le sonrió sin saber cómo reaccionar ante él—. ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo estás? Has crecido mucho.

Aquella observación la hubiera hecho reír si no fuera porque temía que su padre saliera a buscarla y les encontrase juntos. Aunque Alec iba a ser sacerdote, Martin posiblemente desconfiaría de él y querría amonestarlo por atreverse a acercarse a su hija.

—Ha pasado mucho tiempo —convino ella, intentando sonreír algo más. Se preguntó si Alec podría oler su miedo—. ¿Cuánto ha sido? ¿Diez años?

Siendo honesta consigo misma, lo había reconocido por la voz, no por el aspecto. El chico había dado un buen estirón y ahora le

sacaba tres cabezas. Su delgadez había desaparecido y su cuerpo se había ensanchado, señal de que le alimentaban bien, y parecía ser un hombre fuerte. Su pelo negro había empezado a vetearse de plateado pese a tener solo veinte años.

—La verdad es que no me he dado cuenta del paso de los años hasta que te he visto —admitió él con una sonrisa avergonzada—. En mi cabeza, este lugar se había quedado congelado en el tiempo e imaginaba que todavía eras una chiquilla que llevaba una trenza colgada del hombro.

Ante tal comentario, Ness alzó la mano y se tocó la nuca. Para complacer a su padre, se recogía el pelo en un moño apretado que le causaba jaquecas las dos primeras horas de atarlo. Decía que el pelo suelto era para fulanas, y las trenzas para niñas bobaliconas.

Nerviosa, miró el cielo. Empezaba a acercarse la noche. Su padre le permitía salir, pero con condiciones, y la hora de regreso era muy clara.

—¿Y...?

Lo cortó sin contemplaciones, aunque le costó la vida misma tener que interrumpirlo porque deseaba ponerse al día con él.

Él no pudo decir nada. Parecía sorprendido ante el gesto rudo que Nessie había dirigido hacia su persona, cuando tan solo quería ser amable con una vieja amiga.

—Espero que me disculpes, Alec, mas debo irme. —Con la cabeza, señaló la puerta.

Ahí fue cuando él comprendió. Aunque fue apenas unos segundos, en los ojos del hombre relampagueó la rabia y Nessie fue testigo de ello. Luego, recuperó su temple y le sonrió con cortesía.

—Por supuesto, Ness, no quería entretenerte. —Y Nessie notó que, sin necesidad de pronunciarlo en voz alta, le aseguraba que tampoco pretendía causarle problemas—. Tan solo quería saludarte. Te he visto pasar y no he podido evitarlo.

—Por supuesto. —Ella dio un paso atrás para acercarse a la puerta. Alec se percató del gesto, si bien tuvo la amabilidad de no

mencionarlo—. La verdad es que me alegro de verte. Pienso a menudo en ti.

¿Por qué diablos había dicho eso?

—Y yo en ti. Espera... —Alargó una mano con disimulo hacia ella y Nessie se quedó paralizada—. Quiero que sepas que... fuiste muy importante para mí. —El muchacho se sonrojó y ella notó un tirón en el pecho—. Todavía lo eres. Siempre serás mi amiga. Quería que lo supieras... —confesó él tras mirar con disimulo alrededor. Inclino la cabeza a modo de despedida y se marchó con las manos entrelazadas en la espalda.

No podía negar que aquella confesión, entregada entre susurros furtivos, la había afectado. Se quedó unos segundos sin poder respirar, parada en medio de la calle encharcada, sintiéndose una muñeca de trapo. Se recompuso al darse cuenta de que no podía quedarse embelesada observando la espalda de Alec desaparecer tras una esquina. Nessie cuadró los hombros y se puso una careta. Tenía que hacer ver que no había pasado nada, así su padre no la golpearía por pararse a hablar con un vecino.

Entró en la casa rezando para que su padre no se diera cuenta de su incomodidad. Para su sorpresa, no fue recibida a gritos. Había una paz que pocas veces se daba en aquella cueva que debía llamar hogar. Vio a su madre sentada en el banco, mirando el fuego a tierra y tarareando una canción que Nessie jamás había oído. Aunque era comprensible. Martin detestaba la música; no permitía que nadie cantase en su presencia o tocase un instrumento. Solo se veía obligado a tolerar las melodías cuando había espectáculos en el castillo, pues ahí ya no era dueño y señor del espacio.

Que Emma Myers estuviera relajada no era algo que se viera a menudo. Pero ahora estaba tranquila; en sus ojos no había rastro de nerviosismo o terror. Nessie se sorprendió de ver tal sosiego en ella.

—¿Mamá?

Aunque la mayoría de las personas se dirigían a su madre de un modo más respetuoso, Nessie tuteaba a su madre cuando su padre



no andaba cerca. Ellas se llevaban bien, se querían por encima de todo, tal vez porque vivir con alguien tan malvado e insufrible las había unido de un modo que pocos entenderían.

Ese vínculo era tan poderoso que Ness sabía leer sus expresiones incluso cuando la mujer trataba de ocultarlas. Mas en ese momento, vio que su madre estaba permitiéndose sentir al completo, sin esconder ninguna emoción que la corroyese por dentro.

Que luciera tan despreocupada hizo que la inquietud de haberse encontrado con Alec cambiara de rumbo drásticamente.

—¿Mamá? —insistió al ver que la mujer seguía absorta observando las llamas del fuego, las cuales crepitaban y lanzaban chispas y cenizas aquí y allá de tanto en tanto. Por fin, Emma la miró y sonrió con mimo tras terminar la cantinela—. Por fin me atiendes. ¿Ocurre algo? ¿Y Martin?

Si estaban solas, Nessie jamás le llamaba por el título de progenitor. Le odiaba demasiado como para llamarle así cuando nadie la miraba y la juzgaba. Si solo su madre la escuchaba, hacía referencia a su persona por el nombre de pila.

Emma sonrió aún más y palmeó el banco para invitarla a tomar asiento a su lado. La chica obedeció tras dejar la capa a un lado. El fuego pronto caldeó su ropa y la traspasó hasta calentarle la piel y los huesos.

—Supongo que no le has visto en el castillo.

Nessie estaba aprendiendo a ser comadrona tratando a las sirvientas en estado, pues la señora Fielding empezaba a sufrir de la vista y pronto no podría ayudar a traer niños al mundo. Y *lady* Warfield iba a dar un heredero al título la próxima primavera y todos contaban con que Nessie fuera la encargada de guiarla durante el nacimiento. Cuando no había trabajo que hacer con las embarazadas, el médico le permitía acercarse y que le echase una mano.

Todas aquellas tareas no apasionaban a Nessie. No sabía qué vocación podía tener alguien tan insulso como ella, pero sabía que ver cosas tan crudas como heridas abiertas o partos no la removían por dentro si no era para retorcerle las tripas.

El alguacil, por el contrario, adoraba la idea de que su hija trabajase en el castillo y tuviera contacto tan directo con *lady* Warfield. Todo el mundo sabía que la condesa era tan bella y bondadosa que lord Warfield hacía todo cuanto esta pedía. Por lo tanto, era ella quien tomaba las decisiones más importantes y quien tenía el poder sobre el título y las tierras y los nombramientos, aunque no lo pareciera.

«Mi hija será quien traiga al mundo al heredero de los condes, y lo hará tan bien que *lady* Warfield siempre estará en deuda con nuestra familia», se jactaba Martin cuando estaba cobijado por la privacidad de su casa.

Pero Nessie no estaba preparada para tal responsabilidad. Curar un corte con hilo o preparar un brebaje para una gripe le parecía horrible de por sí, si bien no era lo mismo que traer al mundo una delicada vida humana. Un solo error podía acarrear consecuencias horrosas y la única responsable sería ella, lo cual la hacía sentirse ansiosa y desesperada. Por ahora la señora Fielding era la que mandaba en los partos, si bien en cuestión de semanas Nessie se encargaría de ello, al principio con supervisión y finalmente sin nadie que le dijera qué hacer en cada momento. ¿De verdad esperaban que pudiera ayudar a *lady* Warfield con la cabeza fría? ¿Cómo iba a hacerlo si tan solo había asistido a dos partos?

—No, no lo he visto —contestó—. ¿Está con el conde?

—Oh, sí. Al parecer lo han invitado a cenar, me lo ha informado a través de un guardia que empezaba su turno en la muralla. —Emma estiró los pies hasta que los zapatos asomaron bajo la falda—. Y ya sabes que tu padre sabe de muchas cosas, pero desconoce el límite del alcohol.

—Se quedará dormido en cualquier rincón —adivinó Nessie, abochornada y aliviada a partes iguales. Detestaba que todo el mundo supiera lo borrachuzo que era su padre, si bien prefería estar a solas con su madre y dormir del tirón sin preocuparse porque alguien le tirase una botella a la sien—. Bien.

—Es maravilloso, ¿no te parece? Durante diez horas seremos libres.

—Si fuéramos libres, podríamos irnos de aquí, mamá.

—Yo no quiero que me echen de mi casa ni de mi aldea, Nessie.

—Con convicción, Emma le tomó la mano—. Quiero vivir sin estar pendiente de tu padre.

—Mientras viva, su soga estará alrededor de nuestro cuello.

—¿Sabes que los vecinos no piensan igual? —Nessie enarcó las cejas ante semejante reflexión. Emma cogió el atizador para dar más vida al fuego—. Tu padre se había casado antes, y siempre había enviudado al poco tiempo. Tú naciste al poco de casarnos nosotros, como bien sabes. No hacía ni un año que habíamos intercambiado los votos cuando confesó ante varios amigos que él había matado a sus anteriores mujeres. —Emma suspiró—. Una no quería acostarse con él y la otra parecía no poder darle un hijo, así que las envenenó y las mató.

Nessie cerró los ojos. No sabía qué la turbaba más: que su padre fuera capaz de tal cosa, o que su madre lo explicase con tanta entereza y frialdad. Como si hablase de un desconocido y no de su esposo.

Aquello era terrible. Vidas cercenadas en plena juventud solo por el capricho de un hombre insatisfecho con su vida conyugal. Y la sociedad, al enterarse, de seguro opinaría que, para tener una mujer insulsa o estéril, mejor probar con otra. Quizá otros hombres lo tomasen por un loco, mas se ahorrarían el comentario para decirlo en privado.

Mareada, Nessie se levantó y corrió hacia el pequeño establo que quedaba tras la casa. Vomitó en un cubo vacío. Las convulsiones por poco le rasgaron las costillas y las lágrimas brotaron de sus ojos ante el esfuerzo de devolver el agua que había bebido antes de salir a pasear.

Cuando regresó frente al fuego, su madre la obligó a sentarse y le pasó un paño húmedo por el rostro y por el pelo.

—¿Te encuentras mejor, hija? —preguntó.

—Claro que no, mamá. ¿Padre lo reconoció ante ti? —Ante el asentimiento de cabeza de Emma, Nessie volvió a controlar las náuseas—. ¡Debió ser espantoso!

—Oh, sí, lo fue. Al principio desconfié mucho de él, si bien luego descubrí que podría usar las hierbas que tu abuelo tomaba para dormir.

—¿Quisiste envenenarle?

Nessie no sabía qué era peor. Si saber que su padre era un asesino confeso y que jamás caería la ley sobre su cabeza, o que su madre hubiera tratado de librarse de él.

—¡Por la sangre del Señor, criatura! Yo jamás he querido hacer daño a nadie, por más odio que le tenga —añadió—. Además, matarlo solo me traería más problemas. Si consideras que mi presente es horrible, mi futuro sería todavía peor de cometer un crimen contra tu padre. Le drogo para que duerma. Durante seis horas se queda tendido en la cama como un bendito, así puedo dormir tranquila sabiendo que no me hará nada cuando nos acostemos. Así, si logro descansar, durante el día puedo mantenerme alerta para defenderme si es necesario. Llevamos así dieciocho años.

—Esto no es vida, mamá.

—No lo es, pero fue lo que escogí, cielo. Pude no haberme casado con tu padre, pero lo hice y ahora debo cargar con ello. —Mientras hablaba, Emma se había sentado a su lado y le estaba humedeciendo la nuca—. El problema es que los vecinos oyeron a tu padre confesar que sus esposas eran de utilidad una vez muertas, y están extrañados de que no lleve años a dos metros bajo el suelo.

—Que piensen lo que quieran, mamá. —Suspiró Nessie—. Mientras no descubran lo que haces...

Nessie no iba a delatarla. Su padre pegaba e incluso mataba por diversión. Su madre solo actuaba para defenderse, por defender su vida y la de su hija. En su lugar, probablemente Nessie actuaría del mismo modo. No podía culparla por adormecer más de la cuenta al alguacil, cuando ella haría igual si tuviera la oportunidad.

—Por eso mismo, hija. Creen que soy bruja.

Todavía con el estómago del revés, Nessie se frotó la cara. Estaban en la frontera con Escocia y allí se creía mucho en la magia. Se decía que en los bosques escoceses había druidas, brujas y

fantasmas que solo querían destrozarse la vida y las convicciones de los ingleses.

La brujería no podía existir, pero la gente creía que lo malo en el mundo sucedía porque personas con fuerzas mayores lo provocaba. Como si el hombre en sí no fuera un mal terrible que actuaba por voluntad propia.

Las brujas, de ser descubiertas, eran duramente castigadas. Las penas eran cuando menos ejemplares, por el bien de los pueblos, para protegerse de los malos espíritus y para salvar el alma descarriada que había habitado entre ellos fingiendo ser una más del rebaño.

Si la gente pensaba que su madre era una bruja, era cuestión de tiempo que quisieran acusarla y condenarla a muerte.

Nessie se contuvo para no volver a vomitar. Se centró en su respiración.

—Deberías marcharte. Hoy mismo, esta noche. Deberías aprovechar que Martin no está.

—Ya te he dicho que no tengo intención de irme a ninguna parte. —Sin alterarse, como si la posibilidad de arder en una pira fuera una nimiedad, Emma se levantó y empezó a cortar un poco de pan para añadir al agua que ya hervía en la olla—. No hay mucha diferencia entre la vida de ahora y la que me encontraré más allá si escapo.

—Mamá, si te mantienes viva podremos estar juntas. —Nessie se levantó y la enfrentó, incapaz de comprender por qué su madre se empeñaba en permanecer en un lugar como aquel.

Dentro de la casa su vida peligraba, pues las palizas de su esposo eran crudas e intensas. No obstante, fuera de la casa, también corría peligro, ya que los vecinos la miraban con ojos acusadores.

Nessie pensó que no quedaba mucho para que ocurriera una desgracia en un lugar donde no había higiene y abundaba el alcohol. Cuando un hombre cayera de cansancio por trabajar dieciocho horas, ¿quién sería el responsable de esta muerte? Cuando la crudeza del invierno fuera palpable y las enfermedades se cobrasen

vidas humanas, ¿a quién culparían? Cuando el agua podrida carcomiera el interior de los débiles y los consumiera hasta morir, ¿hacia dónde dirigirían el dedo? No sería hacia el señor que les obligaba a trabajar de sol a sol y más; no sería hacia la escasez de recursos.

Todos creerían que había sido cosa de brujería. Y mirarían a su madre, porque ya veían en ella la sombra de quien iba rumbo a la muerte y salía victoriosa en cada ocasión. Pero, si la mujer era quemada viva, nada ni nadie podría salvarla esa vez.

Las hierbas que dormían a su esposo le habían permitido hacerse mayor y ver crecer a su hija. No obstante, la habían condenado a perecer de una manera más cruel y dolorosa. Quizá hubiera preferido morir a manos del hombre al que amaba, antes que ser devorada por el fuego.

—Mamá, yo quiero que estés viva cuando me case o te dé nietos.

Era un intento a la desesperada de hacerla entrar en razón. Cuán hastiado debía de estar un ser humano para no temer a la muerte, por más cruel que fuera.

—Si debo huir, no podré estar ahí para ti. —Emma le sonrió con cariño—. Prefiero vivir lo que me queda a tu lado que estar lejos de ti solo por salvar mi pellejo.

Ella no lo veía así. Los ojos se le llenaron de lágrimas y vio borroso.

—Mamá...

—Anda, prepara un par de platos para la sopa de pan. No es gran cosa, pero podremos comer caliente hoy.

—No voy a olvidarme de esta conversación —la amenazó, como si pudiera doblegarla con ese comentario—. No quedará así, te lo aseguro.

Aunque fuera a contrarreloj, conseguiría convencerla para que se fuera. Todavía desconocía cómo lo haría, pero Nessie estaba decidida.

—¿De qué conversación me hablas? —preguntó su madre con inocencia.

# 2

Al día siguiente, estuvo lloviendo gran parte del día. A pocas horas de la puesta de sol, las nubes detuvieron su descarga y empezaron a deshilacharse para dejar ver un enorme punto de luz blanca que no lograba calentar las almas ni los cuerpos.

A causa de los charcos, que ensuciaban los únicos zapatos que tenía sin roturas, y la preocupación de Nessie por su madre, el paseo fue algo más corto de lo habitual.

Ahora que sabía que sus convecinos desconfiaban de Emma, temía estar fuera de casa por largos ratos. Por la mañana, en el trabajo, había mantenido el tipo, pues era una obligación que no podía descuidar por más ocupada que tuviera la mente. Sin embargo, sí podía acortar su momento de paz para volver antes a casa.

Cuando regresaba al castillo, se encontró con la madre de Alec, algo poco usual, pues nadie solía ir más allá de los muros. Recogía setas con un cuchillo y las guardaba en el cesto que llevaba colgado del codo. Cuando la vio, sonrió. Esa familia era tan buena que sabían diferenciar entre la forma ser de Martin Myers y la de su hija. Que no la creyeran culpable de los actos del alguacil era algo que Nessie agradecía.

Alec era la viva imagen de su madre. Tenían el mismo pelo oscuro, los ojos del color de las aceitunas y la piel blanca y suave, que invitaba a ser acariciada. Su sonrisa era amplia y, pese a los dientes torcidos, agradable. La mujer era más baja y ancha de caderas que

el futuro sacerdote, mas sus ojos eran más cálidos y sus dedos más capaces de trabajar.

—Buenas tardes —la saludó Nessie.

No quería detenerse a hablar con ella, si bien su madre le había inculcado el ser educada. Se detuvo y le dedicó una sonrisa. Aquella mujer no era culpable de sus inquietudes. Un pensamiento apareció como un relámpago. ¿La familia de Alec creería que Emma era amante de la magia negra?

—Hola, Ness. ¿Cómo estás hoy? Veo que regresas antes de tu caminata —apuntó.

—Sí. El tiempo no acompaña —mencionó con el corazón en la garganta—. Prefiero regresar ya, antes de que vuelva a llover. Si cae tormenta, ya estaré a cubierto.

—No creo que haya tormenta hoy. —La mujer se enderezó tras guardar varias setas en el cesto—. Me parece que habrá un cielo despejado esta noche.

Nessie sonrió sin saber qué decir e inclinó la cabeza como despedida. Cuando pasó por su lado, la mujer habló:

—¿Sabes que mi hijo Alec está de visita? Estará unos días por aquí.

Al parecer, el joven no le había contado a su madre que se habían visto la tarde anterior. Aunque, por el tono empleado por la panadera, seguro que lo sabía por las habladurías de quienes habían cruzado la calle y los habían visto. Nessie se obligó a sonreír, aunque notaba que las mejillas estaban tensas.

—Sí, lo sabía. Me alegro de que haya podido venir a hacerles una visita. —Al menos aquello lo decía con absoluta honestidad—. Espero que puedan disfrutar de este tiempo en familia.

La mujer no dijo nada más, tan solo la observó con tanta fijeza que Nessie creía que la estaba desnudando de ropa y piel para otear más allá de los huesos. ¿Qué buscaba? ¿Qué quería descubrir? Nessie tuvo la ligera sensación de que la mujer sabía algo que ella desconocía.

Se marchó, notando aquel par de ojos claros clavados en la nuca, y se sintió fuera de lugar. Como si por primera vez alguien se



cuestionase cuánto había heredado del carácter de Martin o cuántos hechizos le había mostrado su madre, la posible seguidora del demonio.

En la calle, una vez cruzado el puente levadizo, observó de reojo a la gente del pueblo. Se preguntaba quién señalaría a su madre, quién sospechaba que era una bruja. Se dio cuenta de que ellos también la miraban, aunque con más descaro. Era la primera vez que se percataba de aquellas miradas afiladas. ¿Desde cuándo la tenían por un enemigo? ¿Por qué Nessie había vivido tan absorta hasta ese momento?

Se dio cuenta de que estaban inspeccionándola en busca de rastro de brujería. Por supuesto. Si la madre adoraba a Belcebú, ¿cómo no iba la hija a acostarse también con el demonio?

Quizá la solución era huir con Emma, pero era difícil buscarse la vida siendo dos mujeres solas; sin referencias o apoyo masculino, nadie las tomaría en serio a la hora de buscar trabajo. Podrían levantar sospechas. Y, si su padre las hallaba, entonces las mataría. Sería más rápido que una pira ardiendo, pero de seguro habría más dolor.

Frustrada, sintiéndose que estaba en un callejón sin salida, entró en casa como un vendaval.

Pero, una vez dentro, un escalofrío le recorrió la espalda. En la casa reinaba un silencio extraño. No era la quietud del día anterior, cuando su madre estaba frente al fuego. Era distinto. Nessie era incapaz de describir con palabras la sensación de frío que la asaltó ante tanta quietud.

Tragando saliva, Ness se quitó la capa y se la puso en el brazo mientras caminaba por la planta baja, donde se ubicaba el salón y la pequeña fogata donde su madre cocinaba. Mientras observaba cómo el caldo burbujeaba en la olla colgada sobre el fuego encendido, dejó la capa sobre el jergón donde dormía. Aquella esquina era su dormitorio y su capa no solo la cubría del frío de la calle, también la tapaba por las noches. Porque el alguacil consideraba que las temperaturas bajas mantendrían su joven piel bien tersa

para serle atractiva a los pretendientes que la rondaban. Las únicas estancias que tenían paredes eran el dormitorio conyugal, que estaba junto a la puerta que daba al patio, y el despacho de Martin, al cual se accedía desde unas angostas escaleras que llevaban al piso superior.

Cogió la cuchara de madera y removió la sopa. No era normal que no hubiera nadie en casa. Su madre jamás dejaría la cena a medio hacer. Tenía tanto miedo de su marido que no le provocaría así.

—¿Hola? —preguntó en voz alta.

Nessie alzó la cabeza y afinó el oído. Le había parecido escuchar un bufido. Miró la puerta entreabierta que daba a la habitación de sus padres.

Sabía que allí había joyas. Los papeles estaban guardados bajo llave en el piso superior, pero lo poco que su abuelo había dado a Emma antes de morir estaba bajo aquella funda rellena de plumas que usaban como lecho.

¿Y si habían entrado ladrones y estaban obligando a su madre a entregarles las joyas?

Cogió la pistola de su padre, que estaba escondida dentro de un jarrón vacío. Aunque en el despacho había un mosquete y varios cuchillos, aquella arma siempre estaba a mano... y cargada. El alguacil tenía varios enemigos a los que no les gustaba su forma de dar justicia, pues se podía evitar su condena si se tenía influencias y dinero para poder sobornarlo.

Entró en el cuarto de sus padres, intentando no hacer crujir ni suelo ni puerta para no ser descubierta. Algo le decía que, de ser pillada con las manos en la masa, su destino sería fatal. Se quedó helada al ver a Martin tumbado sobre Emma, con las manos alrededor de su cuello. La expresión de su padre era letal mientras observaba cómo la mujer trataba de buscar aire sin éxito.

Nessie apenas tuvo tiempo de pensar. Más tarde se daría cuenta de que, de haber tardado más segundos en reaccionar, su madre estaría muerta, pues su cuerpo sucumbía a los espasmos y el rostro

empezaba a perder la rojez del querer respirar. Pero, en ese instante, fue el instinto el que la empujó a apretar el gatillo. Jamás había disparado un arma, por lo que cerró los ojos. Al oír el quejido de su madre, se atrevió a abrirlos de nuevo y vio cómo Emma se deshacía del cadáver, que se había desplomado sobre su cuerpo. Tosió, con los labios agrietados, mientras se tocaba el cuello.

Fue como si el tiempo se detuviera. Nessie, en parte aliviada por ver que su madre estaba bien, pasó la mirada hacia el cuerpo de Martin y vio la mancha de sangre hacerse cada vez más grande. El tiro, pese a ser dirigido a ciegas, había sido certero en su espalda, muy cerca del corazón. La Providencia, o la suerte, había guiado la bala.

Darse cuenta de que había matado a alguien hizo que su mundo se tambaleara y sintiera ganas de vomitar lo poco que había comido al mediodía. Le había arrebatado la vida a Martin Myers, quien no dejaba de ser su padre pese a todo. Nessie quiso acercarse. Sin embargo, no se movió un ápice; su cuerpo no parecía querer obedecerla, así que seguía allí plantada, mirando la grotesca escena.

¿Realmente le había disparado? Le odiaba, siempre le había detestado, mas en su interior existía una pizca de estima que estaba llorando por lo sucedido. No dejaba de ser sangre de su sangre. Nunca hubiera imaginado que pudiera devolverle todo el dolor que les había provocado con sus insultos, sus vejaciones y sus malos tratos físicos. Pese a ser cruel, era el hombre que la había criado y dado una educación, aunque fuera a través del miedo y no de la enseñanza.

Y, además, no era un tipo cualquiera. Se trataba del alguacil. Todo el mundo le temía y amaba a partes iguales, pues su carácter violento le hacía ser duro con aquellos que traspasaban los límites de la ley. Por desgracia, eso haría que mucha gente no tuviera simpatía hacia Emma y Nessie por lo sucedido, y no saldrían en su defensa.

¿Qué le harían a Nessie cuando se descubriera que ella lo había matado? Estaba segura de que los vecinos habían escuchado

el disparo. Había sido una diminuta explosión que se había aco-  
plado al grito de su corazón acelerado y debía de haber resonado  
por todo el pueblo. ¿Iban a colgarla? Creerían que había disparado  
porque lo deseaba; nadie pensaría que Emma había estado en pe-  
ligro mortal. Y, de poderse demostrar que Emma corría peligro,  
muchos creerían que mejor salvar al hombre que a la frágil esposa.

Nessie quiso tocarse el cuello, tal vez para no notar la soga in-  
visible que la asfixiaba. O para intentar coger aire, puesto que sus  
pulmones funcionaban a medias. No quería morir, no estaba lista  
para morir. Se agarró a la puerta en busca de apoyo y la pistola se le  
resbaló al suelo. El chasquido que produjo al chocar con la madera  
la sobresaltó y la sacó del ensimismamiento momentáneo en el que  
se había sumido.

Emma comprobaba el pulso de su marido y la miró negando  
con la cabeza, confirmando algo que ella ya sabía.

—Tienes que irte —susurró Emma con voz ronca. Tenía el cue-  
llo lleno de marcas rojas y un corte en el labio, señal de que la pelea  
había empezado antes de su llegada—. Si han oído el disparo, no  
tardarán en llamar a la puerta para ver qué ha pasado.

Sí, aquel suceso no podía obviarse.

—No voy a irme sin ti, mamá. —La detuvo cuando quiso pasar  
por su lado—. Mamá... Si te cogen a ti con su cuerpo aquí, pensa-  
rán que has sido tú.

—Es mejor que así sea, Nessie. —Como si todavía notase las  
manos de su marido alrededor del cuello, Emma se acarició las  
marcas—. Sabía lo de la brujería. Alguien se lo contó anoche en el  
castillo; que creían que yo lo tenía embrujado porque me dedicaba  
a yacer con Satán.

Nessie volvió la cabeza y observó el cuerpo rígido y que toda-  
vía sangraba sobre la cama de matrimonio. Sus ojos estaban abier-  
tos, sin ver, y contuvo el impulso de cerrárselos.

¿Cómo se podía seguir odiando a una persona que estaba muer-  
ta a pocos metros? ¿Cómo podía ser que se mezclase el alivio y la  
culpa en su pecho al escuchar a su madre? ¿Cómo podía sentir que

estaba cometiendo el error más grave de su vida mientras algo en su interior le decía que lo volvería a hacer si fuera necesario?

—Mamá...

—Vino antes del castillo porque sabía que tú estabas paseando. Quería hacerme desaparecer antes de que regresases —le contó—. Me prometió que iba a pagar haber jugado con su alma cándida con mis artes oscuras. —Carraspeó como así pudiera liberarse de la presión de la garganta—. Pero has vuelto pronto y me has salvado la vida. Ahora es mi turno de devolverte el favor.

—Me niego a que asumas mi culpa.

—Y yo me niego a discutir contigo, hija. —Su madre recogió la pistola y tironeó de Nessie hasta el comedor. La hizo sentarse en el banco de madera donde solían comer—. Coge tu capa y algo de fruta para el viaje. Te marchas inmediatamente, no me importa lo que digas.

—Pero...

Ella se llevó el índice a la boca mientras regresaba al dormitorio que había compartido con su esposo. Nessie la perdió de vista y suspiró cuando se quedó sola. Miró la capa tirada sobre el jergón y la tomó por tener las manos ocupadas.

Tenía claro que no podía irse así sin más. Dejar a su madre allí, sola ante el peligro y una muchedumbre con sed de venganza, era una idea horrorosa. Iban a condenarla a muerte como castigo.

Cerró los ojos mientras las emociones corrían por su torrente sanguíneo de manera espesa, atontándola, provocándole jaqueca, náuseas y un dolor en el pecho que le arrebatava el aire. Ahora que había tomado asiento, todo la asaltó con la fuerza de una tempestad arremetiendo contra su cuerpo. La adrenalina del momento se disipó y la realidad cayó sobre sus espaldas.

Aquello no podía estar sucediendo, si bien Nessie sabía que no estaba soñando. Semejantes desgracias solo ocurrían en la vida real. Levantó la mirada cuando escuchó cuchicheos al otro lado de la puerta. Nadie llamó, nadie la golpeó. Esperó con el aliento atascado en la garganta a que alguien hiciera algo, si bien las vocecillas

se dispersaron. Quizá dudaban sobre qué hacer e iban a por más personas que les respaldasen. Fuera como fuera, Nessie estaba segura de que los vecinos regresarían. Por eso tenía que llevarse a su madre consigo.

Mientras la esperaba, no apartó los ojos de la puerta, pues creía que en cualquier momento la echarían abajo y las acusarían a ambas de terminar con el alguacil, que llevaba treinta años en el cargo.

Pensó que cinco minutos antes estaba paseando por las calles sucias y mojadas, y ahora estaba pensando cómo convencer a su madre de huir con ella de Dalston. ¿Cómo había cambiado la vida en tan poco tiempo? ¿Cómo era posible que se hubiera desatado tal tormenta en cuestión de segundos?

—¡Nessie! —Su madre la llamó en susurros furtivos, provocándole un pequeño infarto. Se levantó, temblorosa, y se acercó hasta ella—. Vamos, ponte la capa.

Ella negó con fervor. Por supuesto, su madre iba a imponer su opinión por encima de todo. Con un chasquido de lengua, la ayudó a ponerse la capa y se la abrochó. Sus manos temblaban tanto como las suyas a causa de los nervios, de la urgencia de la huida, de las venganzas que se avecinaban.

—Mamá, no quiero irme —musitó con voz ronca. Emma le sonrió con tristeza y le acarició la cara con mimo, como si el tiempo no corriera en su contra—. Sin ti, no. Ven conmigo. ¿Por qué no nos escapamos juntas?

En su mente tenía mucho sentido.

—Porque yo solo te retrasaría. Solo tenemos un caballo, y sabes que yo no puedo montar; me duele tanto la espalda... —Le apartó el pelo de la cara con lágrimas en los ojos. Nessie sorbió por la nariz con poca delicadeza—. Y debes irte cuanto antes. He oído alboroto fuera... ¿Cuánto tenemos? ¿Cinco minutos?

—Mamá, te matarán. No puedes cargar con mi culpa.

¿Por qué era tan cabezota? ¡Emma tenía que verlo del mismo modo que ella!

—Cariño, tú prefieres no prestar atención a la gente, pero debes saber que lo que me separaba de la muerte era tu padre. Irónico, ¿cierto? Él, que siempre estuvo a punto de matarme a golpes tantas veces... —Meneó la cabeza mientras iba a por algo de fruta y la envolvía en el paño más limpio que tenía a mano—. Lo único que me mantenía alejada de un tribunal, que me acusaría de brujería, era él. ¿No comprendes? —Le entregó la fruta—. Tanto si me quedo como si me marcho, querrán mi cabeza. Prefiero morir salvándote a ti.

Tras comprobar que Nessie llevaba bien atada la capa, bien guardada la comida y la pistola correctamente atada al cinturón, su madre la empujó hacia los establos. El aire frío del atardecer las sacudió e hizo que la realidad las golpease. Nessie quiso resistirse, encogiéndose dentro de la ropa.

—Toma esto. —Emma le puso alrededor del cuello un colgante que Nessie no había visto jamás. Se dio cuenta de que era una pieza peculiar, pues su variedad de colores la hacían única y especial. Nessie acarició la piedra. Le parecía que quemaba contra la yema de sus dedos, cada color tenía una intensidad distinta ante su toque—. Busca a Lachlan Ferguson, en Dumfries. Sí, debes ir a Escocia —añadió al ver cómo la miraba Nessie—. Enséñale esta piedra, dile que eres mi hija. Bajo su cobijo, te dará un hogar y no tendrás que volver jamás.

Cientos de preguntas se arremolinaron en su mente, sobreponiéndose a todas las dudas que la asaltaban tras la muerte de Martin. ¿Cómo conocía su madre a un escocés? ¿Por qué iba un escocés a proteger a una muchacha inglesa? Y más sin pedir nada a cambio. Se preguntó si Emma no había perdido el juicio. Hacía muy poco tiempo de la rebelión jacobita y por todos era sabido que los que vivían más allá de la frontera no habían perdonado la masacre ni los castigos. ¿Era seguro para ella viajar allí?

—Memoriza este nombre, Nessie. —Para que se diera cuenta de que aquel tipo era importante, Emma la zarandeo—. Dime, ¿a quién buscas?

—Lachlan Ferguson —dijo con la lengua pastosa. Se sentía arrollada por una situación frenética que no podía controlar.

—¿Dónde debes ir?

—A Dumfries —respondió mientras era empujada hacia la cuadra, donde estaba el caballo de su padre.

—¿Para ver a quién?

—¡A Lachlan Ferguson! —Prácticamente lo gritó, notando que de su voz brotaba cada emoción de su ser de un modo fiero y atroz.

Nessie montó el caballo mientras las manos de su madre la empujaban para que se apresurara, y la miró mientras trataba de recuperar el aliento. Emma se encontraba apoyada en el marco de la puerta que daba a la calle. Miraba allí y allá, asegurándose de que podía salir sin ser vista. Al parecer todo el mundo se estaba arremolinando en la puerta principal.

Sintiendo vértigo, creyendo ser la persona más egoísta y sumisa del país, Nessie hizo que el caballo empezase a andar con un chasquido de lengua y un apretón de rodillas.

—Márchate —farfulló Emma en un balbuceo urgente.

—Mamá, ven.

Lo intentó una última vez, si bien lo dijo con un hilo de voz. Sabía que sería inútil. Su madre quería salvarla a costa de su propia vida. No había amor más incondicional.

Emma le sonrió a sabiendas de que no se verían más, y le susurró que la quería. Luego, palmeó un poco al caballo y este entendió que debía emprender la marcha.

El animal trotó por las calles de tierra y piedra, ajeno al dolor que sentía su jinete. Nessie echó la vista atrás y vio a su madre en la jamba de la puerta, observándola con el amor y la tristeza más profunda que un ser humano podía sentir. Se quedó con aquella imagen, con aquella escena. La grabó en sus ojos y en su corazón. Lloró en silencio mientras peleaba contra sus sentidos para que estos estuvieran atentos. No podía cruzarse con nadie. Si era descuidada, el acto de amor de Emma no habría servido de nada.



Cuando llegó al puente levadizo, sus custodios acababan de marcharse. Corrían a gritos hacia la calle donde vivía el alguacil. Nessie se quedó parada bajo el arco de piedra de la muralla, dudando. Una parte de ella no quería que el sacrificio de su madre fuera en vano, mas deseaba ir y sacarla de allí para evitarle la condena de muerte.

—¡Ness!

Miró a Alec, que acababa de aparecer una esquina. Parecía un fantasma con la capa negra alrededor de su cuerpo. Ella negó con la cabeza, sin saber cómo expresarse, cómo justificarse o despedirse.

El hombre se acercó a paso rápido y le entregó una daga con una sonrisa tierna dibujada en la boca.

—Has de partir ya, Ness.

—Mi madre...

—Si ha ocurrido lo que pienso, debes irte cuanto antes y ponerte a salvo. Espero que la daga te ayude a sentirte más segura. —Nessie observó el arma mientras Alec la guardaba en el cinturón que su madre le había abrochado alrededor de la cintura. Cuando él mismo cubrió las armas cerrándole la capa de viaje, el muchacho elevó los ojos hacia ella—. ¿Tienes dónde ir?

—Sí. —Aunque no sabía por qué debía cruzar la frontera. ¿Qué le esperaba en Dumfries? ¿Quién era el hombre al que debía buscar?

—Bien. Que Dios te proteja.

—Dios nunca me ha protegido.

Ni a ella ni a su madre. Las había dejado a merced de un hombre que siempre iba ebrio y usaba la violencia en vez de las palabras. ¿Cómo esperar que ahora sí tomase en cuenta su seguridad y bienestar?

—Te incluiré en mis oraciones para que encuentres un lugar donde ser feliz y no temas por nada.

Nessie se ahorró una contestación, pues no sabía qué responder a eso. El tono intenso de la voz de Alec parecía indicar que era una declaración de amor, mas su aspecto lucía tan lúgubre y solemne como el de un sacerdote que llevaba más de cuarenta años en el oficio.

Decidió que no quería despedidas. Azuzó al caballo y cruzó el puente sabiendo que nunca más volvería a pasar por allí, por lo menos no por voluntad propia o con vida.

Cuando la noche cayó, no sabía hacia dónde se dirigía. Había tomado un desvío en el camino, pues creía recordar que, para ir Dumfries, aquella era la dirección correcta. Por desgracia, la ciudad escocesa quedaba a unos días de camino y era muy fácil perderse. Sobre todo para alguien sin sentido de orientación.

Se cuestionó detenerse y pararse a descansar, pero el miedo que todavía sentía la espolé a seguir. Las nubes se habían apartado lo justo para mostrar media luna. La luz blanca iluminaba lo suficiente como para animarla a continuar.

Debía alejarse del pueblo, y estar concentrada en el camino la ayudaba a olvidar lo que había ocurrido en las últimas horas.

Todavía temblaba por completo. Se desolló las manos al agarrar las riendas con demasiada fuerza y los pies se resbalaban de los estribos cada dos por tres. Sabía que, en cuanto pudiera andar, los músculos no le responderían y las rodillas amenazarían con tumbarla.

Había matado a una persona. Había salvado a otra, ¿pero a qué precio? ¿Enviándola a una muerte peor? Por todos los santos, incluso había condenado su propia alma. Ojalá al encontrarse con san Pedro pudiera obtener el perdón. Dudaba poder perdonarse a sí misma. Aquello la acompañaría hasta el fin de sus días.

Un ciervo se interpuso en su camino. La miró con las orejas levantadas y ligeramente echadas hacia atrás. Nessie esperó a que se fuera para seguir y detestó no poder disfrutar de ver un animal tan majestuoso y bello, con su pelaje color arena y sus enormes ojos oscuros. Suspiró.

Aguantó las ganas de hacer sus necesidades hasta que el sol despuntó en el horizonte. Había seguido el camino a rajatabla. Cuando ya había luz en el cielo, paró junto a un arroyo y bajó del caballo. Lo ató a una rama para darle descanso, con cuerda suficiente como para que pudiera beber agua. Fue a aliviarse. Al volver,

bebió también y comió algo de fruta. No tenía hambre, pero sabía que no podría llegar a Dumfries si se debilitaba. Se apoyó en un árbol y dormitó un par de horas en cuanto su cuerpo empezó a destensarse.

Apenas descansó. La aterraba ser atacada, ya fuera por personas reales o las que vivían en sus sueños. Se alzó sintiendo que la había arrollado un jabalí. Se montó y sus músculos se quejaron. Su madre le había enseñado a montar a escondidas cuando era más pequeña, aprovechando que Martin se había marchado una semana de viaje. El alguacil pensaba que las mujeres no debían relacionarse con caballos, pues su lugar era la cocina y no la silla de montar. Por ello, Nessie no tenía práctica y estar tantas horas en aquella silla la estaba destrozando. Pero los pinchazos de su musculatura eran más llevaderos que los que sentía en el pecho.

¿Cómo estaría su madre? ¿Estaría lord Warfield buscándola con sus hombres? Acarició la daga como si se tratara de un amuleto. Esperaba que Alec no delatase por dónde había escapado. Había otras puertas en la muralla que rodeaba la aldea y ella había usado el puente por ser la salida más amplia para el caballo.

Hacia media tarde se encontró con una familia. Eran una mujer y un hombre sobre un carro que iba cargado de capazos y montañas de paja. Ella llevaba a un bebé en brazos. Se ofrecieron a ir con Nessie, pues se dirigían a Glasgow a ver a unos familiares. La mujer era escocesa y, desde el alzamiento jacobita, no había visto a su madre y a sus hermanas pequeñas. Sabía que estaban vivas porque se habían carteadado, pero ansiaban reencontrarse, y más ahora que la mujer había tenido un hijo. Ella se llamaba Abigail; su marido, Jeremiah; y el pequeño, Rob. Eran amables. Cuando Nessie les mintió y les dijo que viajaba a Dumfries a ver a su tío, la creyeron.

Fue agradable ir con alguien hasta la frontera. Eso implicaba descansar por la noche junto a un fuego y mantener la cabeza llena de otros quehaceres, pues ayudar a hacer caldo o cuidar al pequeño Rob era una especie de somnífero para su cerebro.

Se suponía que tardaría un día y medio en llegar a Dumfries, pero yendo con ellos la marcha era más lenta. El caballo del matrimonio era más viejo que el suyo y tiraba del carro, así que eso les ralentizaba. Esa noche, mientras Abigail acurrucaba a Rob contra su pecho, Jeremiah le preguntó cosas sobre su tío. Ella fue inventándose sobre la marcha. En realidad, Nessie no sabía quién era Lachlan Ferguson. Su madre nunca le había mencionado. ¿Quién era? ¿A qué se dedicaba? ¿Estaba casado o tenía hijos? ¿Seguía vivo?

—¿Y cómo se llama? —cuestionó Abigail tras dejar al niño en una cama improvisada con mantas. Tenía curiosidad. Más que la propia Nessie por descubrir quién era ese hombre, al parecer.

—Lachlan Ferguson.

—Bonito nombre. —Sonrió la mujer.

Jeremiah se ofreció a vigilar el pequeño campamento. No permitió que Nessie le hiciera compañía. Decía que tenía mala cara y que debía descansar. Ella se apoyó contra un árbol y se cubrió con su capa, agradeciendo que alguien se preocupase por su persona. Aun así, posó la mano sobre las armas. Se fiaba de un matrimonio con un hijo, pero no de posibles forajidos. Por ello, aunque tuviera los ojos cerrados, mantuvo una mano en la daga y la otra en la pistola. Si alguien quería atacarla, recibiría una defensa torpe pero decidida.

Morfeo la visitó a los pocos segundos de cerrar los ojos. Estaba agotada. El viaje la había dejado exhausta, por no decir que lo vivido la última tarde en casa la había revuelto de pies a cabeza hasta darle la vuelta a la piel.

Durmió profundamente y sin soñar. Su cuerpo se relajó por completo y se nutrió del calor de la ropa que la envolvía. No era su jergón, pero estar contra un tronco grueso era igual de cómodo.

Se despertó al notar que alguien le tapaba la cabeza con un saco. Fue un despertar brusco, como ser sumergida sin esperarlo en un mar oscuro y denso que le impedía respirar. Se removió y gritó. Le quitaron las armas en el forcejeo y terminó con las manos atadas.

Supo que la habían descubierto. Una voz con fuerte acento la mandó callar y la subió a un carro. Allí la sujetaron dos personas, posiblemente hombres fuertes. Apestaban. Se mareó por los nervios y el fuerte olor, y temió orinarse encima.

Iba a morir. La colgarían por asesina. Lord Warfield incluso le diría que era una decepción, lo cual dolía porque Nessie siempre se había sentido valorada cuando los condes la felicitaban por sus progresos en las tareas. Iba a ser lanzada a los lobos o a los cerdos para que no quedase nada de su cuerpo.

Quizá la muerte fuera más bella que la vida. No era un consuelo, pero sí un clavo ardiendo de fe al que agarrarse.

Al ir en un carro, desconocía hacia dónde la llevaban. Supuso que la habían arrestado por ir más lenta de lo que debía, pero no culpó a Abigail y a su familia. Había sido Nessie quien había decidido tener compañía para sentirse menos sola, menos indefensa.

Esperaba que la familia no hubiera sufrido daños. Eran buena gente. Personas simpáticas que habían confiado en una mentirosa y una asesina; no merecían sufrir por su culpa.

Los hombres tiraron de ella cuando el traqueteo del carronato cesó. La intentaron arrastrar, pero su falda se enganchara en las zarzas. En un intento de ganar una posibilidad entre un millón de escapar, Nessie pateaba en cuanto notaba los tirones en la prenda. Uno de los tipos la cargó sobre el hombro, lo cual le provocó fuertes dolores en los hombros.

Oyó voces de multitud cada vez más cercanas. Era imposible haber llegado ya al pueblo; no estaba demasiado segura, pero no creía que hubieran pasado ni dos horas desde el rapto.

Notó la calidez de lo que supuso que era una tienda de lona, pues dejó de notar el aire de la noche contra la ropa. La tiraron al suelo. La tela del suelo amortiguó el golpe, pero la muchacha notó cómo se le desollaban las rodillas. Gimió. Estaba muy dolorida por el viaje en caballo y por el secuestro, el cual no había sido gentil. Alguien dijo algo en voz susurrada. Era uno de los hombres que la habían mandado callar, si bien no hablaba inglés. Fuera lo que

fuera lo que hablaba, sonaba intenso, tan mortífero que Nessie se encogió sobre sí misma.

Como no podía ver, había agudizado otros sentidos. Notó que alguien se acucillaba ante ella. Una mano se posó sobre el saco oscuro que le habían puesto en la cabeza. Los dedos tiraron, y pronto se vio liberada de aquella prisión. Boqueó en busca de aire y se cegó por la luz de las velas que la rodeaban.

Cuando se acostumbró a su alrededor, abrió los ojos llorosos y vio a un hombre alto y fuerte ante ella.

—¿Y tú quién eres, *lass*?

# 3

La voz del hombre era profunda, grave y dura. Era como tener un acero contra la yugular. Lo observó sintiéndose amenazada y sin saber si era peor estar a la merced de ese guerrero o a la de lord Warfield.

El hombre que tenía ante sí poseía unos ojos azules que la perforaban en busca de respuestas. Su pelo rojo y largo hasta debajo de las orejas era rizado, dándole un aspecto digno de un vikingo. Sus ropas estaban llenas de polvo y había algún que otro corte en la tela que dejaba entrever rendijas de piel blanca. Llevaba falda escocesa, aunque no veía dónde terminaba, pues estaba agachado y la punta de las botas apenas sobresalía bajo esa ropa de color verde con rayas negras, rojas y amarillas que formaban cuadros.

En otra ocasión lo hubiera considera atractivo, mas ahora lo creía peligroso como la cercanía de un barranco en un día de viento.

Nessie tragó saliva. Sabía que, de no responder pronto, podían torturarla. Pero estaba cohibida y había perdido la voz.

Miró a los hombres que la rodeaban y todos ellos eran tan imponentes como el que tenía frente a sí. Aquellos tipos eran escoceses y, por cómo vestían, seguro que eran fugitivos.

Los *kilts* estaban prohibidos, y aun así los llevaban. Todos usaban el mismo color y patrón que el del cabecilla, que seguía a menos de medio metro de ella.

—Quizá sea sorda —dijo uno de esos hombres. Era el más bajito y el que parecía más mayor, pues las primeras canas se apreciaban en el pelo de la barba castaña y el bigote. Por la forma de hablar, Nessie pensó que era el más benévolo.

—Jeremiah ha dicho que ha hablado con ella todo el rato —comentó el hombre que la había mandado callar al cogerla. Era alto y delgado, con una barba larga y llena de enredos del mismo color negro de su pelo. Sus ojos eran demasiado pequeños como para distinguir el color—. O es sorda y lee los labios, o está fingiendo para no hablar.

Así que el esposo de Abigail la había delatado. ¿Por qué? ¿Qué había hecho para que la vendiera a un puñado de escoceses? No había mencionado su auténtica vida, el motivo por el cual había huido con un caballo y unas pocas provisiones. ¿Qué motivo tenía para entregarla a esos desconocidos?

—Podríamos arrancarle la piel a tiras para ver si así se le suelta la lengua —opinó el tercer secuestrador, al que le faltaba un ojo y lo llevaba tapado con un parche. Sonreía con tanta vileza que a Nessie se le puso la piel de gallina—. ¿Veis? Nos escucha. Le ha cambiado la expresión al oír lo que quiero hacerle.

—Aye. —Aquella palabra sonó tan extraña que Nessie supuso que era del idioma tan extraño que hablaban—. Retiro lo dicho: no es sorda.

—¡Entonces quitémosle un pedacito de piel y ya veréis cómo nos dice lo que sabe! ¿O qué te crees? ¿Que si gritas te oirán y vendrán a por ti? —Se reía de ella, encantado de verla horrorizada—. ¡Estás en medio de la nada, *neach-brathaidh!* ¡Podemos hacerte lo que queramos!

—Basta, Duncan. —La voz del joven jefe hizo que Nessie volviera a mirarlo—. No quiero herirte. No quiero matarte... todavía —aclaró—. Dime quién eres.

Nessie tuvo que pensar varios segundos para comprenderle. Su acento era tan marcado que su inglés sonaba muy cerrado y

---

1 N. de A.: *Neach-brathaidh* es «Espía» en gaélico escocés.



diferente al que Nessie solía oír. Le era complicado entenderle y requería de un tiempo para procesar lo que le decía su interlocutor.

—No sé si me conviene informaros de ello.

A diferencia de ese bruto escocés, Nessie decidió ser educada y formal. Era la hija del alguacil. Debía mantener las formas, sobre todo para evitar que la entregaran al conde. Lord Warfield la mataría.

—Si no lo haces, aceptaré los métodos de Duncan y veremos qué pasa cuando te veas la mejilla sin piel.

Nessie se imaginó a sí misma y por poco se desmayó. Aunque dudaba que esos tipos pudieran ser tan salvajes, no descartaba que aquel sufrimiento fuera llevado a cabo. Siempre había desalmados que disfrutaban del dolor ajeno. Martin era el claro ejemplo de ello.

El hombre pelirrojo la sujetó para que no cayera hacia un lado. Pidió agua y el hombrecillo de temperamento dulce la ayudó a beber de un vaso de madera. La bebida refrescó su garganta y aclaró su cuerpo, aunque no le quitó los temblores que se sucedían dentro de su pecho.

—Gracias.

—Podrías correspondernos diciéndonos quién eres —insistió él también—. ¿O prefieres hablar con Duncan?

Claudicó.

Miró al jefe de esos hombres, quien esperaba con paciencia, y se presentó:

—Soy Nessie Gates. —Por supuesto, no estaba siendo completamente honesta. Era el apellido de soltera de su madre—. No soy nadie —añadió cuando vio que el hombre apretaba los labios.

—Yo creo que eres más de lo que dices —comentó él—. ¿A dónde ibas? ¿Y por qué quieres ir a Dumfries?

Temiendo que Duncan se acercase, ella contestó:

—Me he quedado huérfana y voy a visitar a mi tío —volvió a mentir, si bien dudaba que fuera una buena idea dada su situación. Mantenerse firme en aquella historia la mantenía con vida.

No obstante, continuar con la farsa también la podía condenar a morir a manos de aquellos tipejos. Estaba en un callejón sin salida tomase el rumbo que tomase. Por eso creyó más inteligente mantenerse fiel a la historia de Emma.

—¿Y quién es tu tío?

—Lachlan Ferguson.

—*Nae*. —El rostro del cabecilla volvió a endurecerse. No la creía. Aunque no entendía su idioma, supo que aquello era una negación—. ¿Quién eres?

—Ya os lo he dicho.

—*Tha fios againn uile gu bheil an nighean na laighe*<sup>2</sup>.

—Duncan —lo amonestó el jefe, molesto por su interrupción. Volvió a mirarla—. Dime quién eres.

—Soy la sobrina de Lachlan Ferguson —insistió, notando al tragar saliva que había retazos de sangre. El sabor metálico era inconfundible. Se estaba mordiendo con fuerza la cara interna de la mejilla para aplacar el terror que la carcomía.

—No es cierto. —El tal Duncan se acercó y ella se arrastró sobre las rodillas hacia atrás. Dolió, y contuvo una mueca para no mostrarse más indefensa.

—No os he mentado. Soy Nessie Gates, sobrina de...

Duncan no le permitió seguir. La abofeteó con tanta rabia que la tumbó al suelo. Nessie no supo si la desconcertó más el golpe en la mejilla, por el bofetón, o el rasguño de la sien, por la caída. Se incorporó con lágrimas en los ojos. Se sentía tan frágil que se odiaba a sí misma.

Era como volver a estar con su padre. No es que llorase por el dolor. Su rostro estaba tan habituado a los golpes que ya solo notaba cosquillas ante el cachete. Lloraba de impotencia porque no tenía cómo defenderse. Ni siquiera se habían molestado en desatarla. Era humillante.

---

2 N. de A.: *Tha fios againn uile gu bheil an nighean na laighe* es «Todos sabemos que la chica miente» en gaélico escocés.

Miró de reojo a los hombres. Todos sujetaban a Duncan y hablaban sin que ella los comprendiera. El jefe era el que estaba más irritado. No era tranquilizador que la defendiera.

Se planteó escapar, y miró alrededor. Ahora sí se paró a ver dónde estaba. Era una tienda de lona oscura, incluso el suelo estaba cubierto de aquella tela gruesa. Era cuadrada y, pese a su tamaño pequeño, había un poste en el centro del lugar que ayudaba a mantener la tienda en pie. Cualquiera diría que el lugar era diminuto, pero era más grande que el despacho del padre de Nessie. Había una cama donde podían dormir dos personas, y varios troncos gruesos con velas encima que iluminaban la estancia. En un rincón había dos banquillos de madera y una palangana. En otra esquina había una jarra que parecía contener agua; estaba apoyada sobre un baúl de cerradura dorada. Era un lugar humilde pero caldeado.

Buscó la entrada de la tienda y la vio justo tras los hombres. Era un pedazo de lona que se abotonaba cuando el residente no quería ser molestado. Inviabile huir. La verían antes de que la alcanzara, y quizá el golpe que recibiera por su osadía no sería una mano abierta contra su pómulo esa vez.

El hombre pelirrojo la miró y ella le mantuvo la mirada mientras se ponía de pie. No supo cómo logró alzarse. Sin embargo, su orgullo pudo más que todas las magulladuras y todo el cansancio, y la ayudó a mantenerse erguida.

Algo cambió en los ojos del líder. Fue como si las mareas subieran y el océano se revolviera. La alcanzó en dos grandes zancadas y le apartó la capa, que Nessie se acababa de cerrar con un golpe de hombro, puesto que la caída la había entreabierto y temía ser violada si se daban cuenta de que su figura tenía más curvas de las que se adivinaban bajo el ropaje.

Nessie intentó zafarse. Él tiró del colgante de Emma y la empujó con delicadeza, para apartarla sin hierirla, en cuanto lo tuvo entre sus dedos.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me lo dio mi madre. —Alzó la barbilla—. Agradecería que me desataseis y me devolvierais el collar. —El hombre hizo una seña al que le había dado agua y este cortó las sogas que constreñían sus muñecas. Nessie extendió la mano. Si el hombre vio que sus dedos no eran firmes, no comentó nada al respecto. Le entregó la piedra, tal como Nessie había solicitado—. Gracias.

Él asintió. De nuevo, el color de sus ojos era distinto. Ahora era de un azul tan oscuro que parecía negro. Daba algo de miedo ver que aquellas profundidades querían engullirla.

—Muchachos... —Sin dejar de mirarla, habló con los otros—: Id a descansar. Esta mujer se queda conmigo aquí. Mañana por mañana veremos qué hacemos con ella. *Cumaidh mi sùil oirre a-nochd*<sup>3</sup>.

Obedecieron, entre protestas, mientras el corazón de Nessie daba saltos frenéticos. ¿Iba a abusar de ella? ¿Querría matarla?

El líder del grupo habló en cuanto estuvieron solos:

—No temas. —En esa ocasión, su voz no resultó tan mordaz. Nessie notó que su propio cuerpo perdía rigidez. Ahora ya no parecía querer arrancarle la piel o la lengua—. No te haré nada. No soy un bárbaro.

Por supuesto, ella no compartía su opinión.

—Me tienes retenida aquí, ¿cierto?

Él no contestó y Nessie juraría que un ligero rubor cubrió sus mejillas, que tenían alguna que otra peca. Y el silencio fue tan elocuente como si hubiera respondido a su pregunta con una afirmación.

Nessie suspiró, sin saber por qué era prisionera de un escocés pelirrojo, sin saber dónde estaba y cuándo podría irse. Era frustrante.

—Quisiera marcharme, debo llegar a Dumfries.

Como el conde la encontrase, lo tenía muy crudo para sobrevivir. Si la dejaban marchar, estaba a tiempo de llegar a Escocia y encontrar la protección del tal Lachlan.

---

3 N. de A.: *Cumaidh mi sùil oirre a-nochd* es «La vigilaré esta noche» en gaélico escocés.

—No puedes irte. Quien buscas no está allí —la informó con un encogimiento de hombros. Le tendió la mano—. Dame tu capa. Hoy puedes dormir bajo las mantas de mi cama.

Ella reculó varios pasos y se aferró a la ropa que la tapaba. De repente, un sudor frío le lamió la espalda.

—No pienso ser tu fulana.

La carcajada del hombre la tomó tan por sorpresa que Nessie se sobresaltó y dio un pequeño respingo. Encontraba de mal gusto que se riera de ella.

La muchacha estaba en clara desventaja.

—No pienso acostarme contigo, niña. —El hombre no perdió la sonrisa ni el brillo divertido de los ojos—. Yo solo estoy con mujeres que me atraen y me aceptan de buen grado.

Nessie no supo si sentirse halagada, porque iba a respetarla, o insultada, porque acababa de decirle que no la encontraba deseable. Quiso golpearse. ¿Qué más daba si no la encontraba atractiva? No estaba allí para que un hombre le dijera que era bonita. Tampoco le interesaba resultarle hermosa.

—¿Sois asesinos? —El desconocido la miró con diversión—. ¿O ladrones?

—Cuantas menos preguntas hagas, mejor para ti.

Nessie asintió, entendiendo que su vida dependía de si seguía indagando en la vida de aquellos hombres. Lo mejor era mantenerse quieta y callada.

Sabiéndose acorralada, le entregó la capa y se abrazó a sí misma. Él dejó a un lado la pesada tela mientras le explicaba que él dormiría fuera, en la entrada de la tienda. Así vigilaría que nadie entrase a molestar. Al parecer, estaban en una especie de campamento clandestino, y allí una mujer era tan llamativa como un cervatillo moribundo.

El hombre regresó hasta donde estaba y desató del cinto la pistola y la daga. Las observó con curiosidad mientras las guardaba en su propio cinturón.

—Estaría a salvo si me dejaras mis armas. Quiero mi pistola y mi daga —reclamó, intentando sonar seria o amenazante. No lo

logró. Él la ignoró como si no hubiera pedido recuperar lo que era suyo.

En vez de entregárselas de vuelta, se acercó y le quitó el cinturón sin importarle que eso significase tocarla por encima del vestido. Era más alto y ancho que ella, imponía. Nessie aguantó la respiración, tratando de mantener la vista fija en su cuello. Era la primera vez en su vida que estaba tan cerca de un hombre y este posaba sus dedos sobre ella. Era capaz de ver cada poro de su piel, de olerle, de notar su respiración sobre el rostro.

—Ahora estarás más cómoda —decretó sin perder la sonrisa y llevándose el cinturón para dejarlo sobre una banqueta—. ¿No te parece?

Nessie tragó saliva y miró alrededor. Quería saber más de dónde se encontraba para intentar escabullirse cuando su captor se durmiera fuera.

—¿Y... por qué os escondéis en los bosques?

—Eso no te incumbe.

Él le había leído el pensamiento. Maldición.

—Por lo menos, podrías decirme cómo te llamas —le tanteó. Él vaciló. Nessie quiso apretar un poco más, viendo que parecía dudar—. Voy a dormir en tu cama. Ya que te privo de su comodidad, me gustaría saber cómo te llamas.

—Thane. —Tendió su mano y ella se la estrechó. Después de cómo se habían conocido, aquel apretón de mano resultó extraño—. Sin apellido.

Abandonó la tienda tras la presentación. Nessie, al quedarse sola, se permitió relajarse al punto. Exhausta, se dejó caer en la cama y se cubrió la cara con las manos. Estaba acorralada y aún no sabía por qué estaba en aquella situación. En veinticuatro horas su mundo se había puesto del revés y no sabía cómo salir de aquel entuerto.

Lo único que sabía cierto era que debía intentar escapar.

Mareada y con la respiración atascada en la garganta, se tumbó. Necesitaba llorar contra aquella delgada almohada, que olía

muy distinto al jabón que su madre utilizaba para lavar la ropa. Estaba desatando su rabia, tristeza, impotencia y culpabilidad contra aquella tela rellena de paja y plumas. Hasta que no se desahogó, no fue consciente de cuánto había contenido.

Demasiadas emociones para una joven de dieciocho años, supuso.

De repente, como si la hubieran golpeado en el estómago, Nessie despertó y golpeó la cama al darse cuenta de que no había llevado a cabo su plan de fuga. ¡Se había dormido!

Era idiota por haberse dejado vencer por su miseria en lugar de ser más resolutiva. No podía negar que estaba más descansada que el día anterior. Se levantó y se puso el cinturón y la capa. No quería que nadie volviera a manosearla, aunque sus intenciones no fueran indecorosas.

Quizá aún estaba a tiempo de irse. Probaría suerte en un intento desesperado de conseguir llegar a Dumfries, si bien desconocía dónde estaba o si habían llevado su caballo con el carromato.

Se tocó el colgante de Lachlan. Allí estaba la llave de su libertad. Incluso el tal Thane parecía apreciar aquella piedra. Por cómo había reaccionado ante Nessie, estaba claro que conocía al tal Lachlan.

—Ah, estás despierta. —Como si lo hubiera invocado al pensarlo, Thane entró en la carpa estirando los brazos como un gato desperezándose—. Tienes mejor cara que ayer. Dormir te ha sentado bien.

—Sí.

Él se cambió la camisa y Nessie desvió los ojos. Al escocés parecía no importarle que lo viera medio desnudo.

—Te traeré algo de desayunar.

—Quisiera irme —aventuró Nessie, pero la negación de cabeza de Thane le dejó claro que aquello no entraba en sus planes—. Debo encontrar a Lachlan Ferguson.

—Por ahora, no, *lass* —anunció Thane antes de salir de allí y dejarla nuevamente a solas con sus pensamientos.

Nessie empezó a caminar en círculos en medio de aquella tienda. Estaba encerrada y no sabía cómo podía llegar hasta Dumfries. La habían privado de sus armas y solo tenía para transportarse sus piernas cansadas y heridas. No era muy esperanzador.

Duncan entró y le comunicó que estaba allí para vigilarla, sin duda disfrutando de la situación. Sabía que Nessie le temía. Sin embargo, por cómo se dejó caer en la banqueta, la muchacha se percató de que el guerrero no quería ser su niñera.

—Quisiera que estuviera aquí tu amigo, el bajito. —Era una prisionera y dudaba que le hicieran concesiones, pero por pedir...

—¿Quién? ¿Farlan? —Y, cuando vio que Nessie no respondía, encogió el hombro y lo llamó a gritos. Definitivamente, no tenía modales. El *hombrecillo* apareció—. La *sassenach* quiere que seas tú su custodio. Le parece más simpático. Yo preferiría largarme. Soy más feliz con ardor de estómago que compartiendo aire con los ingleses.

Duncan le recordaba a una comadreja, siempre intentando sacar provecho de las situaciones y disfrutando de ser cazador. En el único ojo que se apreciaba en su rostro, brillaba la crueldad. El tal Farlan parecía ser más bondadoso y agradable. A Nessie le hubiera gustado que su padre la mirase así, como si la tuviera en cuenta y le preocupase su persona.

—Entonces vete con tu ardor a otro lado, hombre. Ya me quedo yo con la chica.

Duncan se fue después de echarle un último vistazo y fingir que quería morderla. Nessie notó que un escalofrío la sacudía de pies a cabeza. Si tuviera la daga de Alec encima, le enseñaría que ella también sabía arañar.

No es que siempre hubiera tenido agallas. Mas ahora no tenía otra opción que defenderse con uñas y dientes, tras sujetar la pistola de Martin y apretar el gatillo.

Farlan se sentó en el banco donde instantes antes había estado Duncan y empezó a tallar un pedazo de madera sin mediar palabra. Que apenas le prestase atención, siendo consciente de su



presencia, era de agradecer. La hacía sentir más libre dentro de la situación.

—Si no dejas de caminar en círculos, acabarás mareada y mareándome, chiquilla.

—Los animales enjaulados hacen esto, ¿sabe? —preguntó Nessie, sin detenerse. No iba a dejar de andar porque alguien se lo pidiera. Se cruzó de brazos—. Me tienen retenida contra mi voluntad. ¿Cómo puede permitir eso?

—A veces por amor hacemos cosas que no pensábamos que fuera posible.

Ella se detuvo y su mirada se perdió en un punto del suelo. Aquello era cierto. Nessie nunca había querido herir a nadie, ni siquiera a aquellos que la despreciaban. Había recibido palizas, había visto a su padre golpear a su madre, y siempre se había quedado quieta y callada. Hasta que no vio la muerte en el rostro de Emma, no fue capaz de rebelarse.

Levantó la vista hasta Farlan.

—¿Amor hacia quién?

Esos hombres protegían a alguien, pero Nessie no era capaz de imaginar a quién. Quizá era al tal Lachlan. Pero ella no quería hacerle daño. No quería chantajearlo o matarlo. Quería pedirle ayuda. Si su madre había pensado en él cuando todo se tornó oscuro a su alrededor, no podía ser mala persona. Y acudiría a él. Le mostraría el colgante y pediría auxilio, por más vergüenza que le diera admitir que era débil y que sola no podía pelear contra el mundo.

—¿Qué hacéis aquí?

Farlan la observó con sorpresa por la pregunta. Hasta ella estaba algo impactada por haberse atrevido a querer saber más, pese a las advertencias de Thane.

—¿Qué sabes de nosotros?

—Nada —admitió con suavidad. Farlan parecía un hombre cabal y sensato, alguien con quien parecía poder conversar sin estar pensando en torturas, vejaciones o ejecuciones.

—¿Quieres decir que desconocías el nombre de Thane o el nuestro?

—¿Debería conocerlos? —Confundida, se preguntó qué tendrían de especial esos tipos para que alguien como ella tuviera que reconocerlos solo por el nombre.

—¿Seguro que no sabes dónde estás?

—Sabía dónde estaba antes de que me cogierais. Sabía hacia dónde iba. Pero con el rostro cubierto, siendo extranjera en estas tierras... —Nessie se sentó en el borde del lecho. Tuvo que decirlo en voz alta para darse cuenta de que estaba perdida en todos los sentidos—. No. No sé dónde estoy.

Farlan asintió repetidas veces, como si valorase sus palabras. Nessie supuso que estaba decidiendo si había verdad o mentira en sus palabras.

—¿Quieres un consejo? —El hombre no le dio tiempo a contestar—. No hagas más preguntas, por tu propio bien.

Aturdida por el repentino muro que había alzado Farlan entre ambos, Nessie quiso hablar, pero Thane llegó con un bol de gachas y relevó a su compañero. El alimento estaba frío y demasiado pastoso, pero Nessie comió de buena gana. Podía ser una prisionera, pero sus tripas llevaban rugiendo demasiado tiempo y no iba a ignorar algo de almuerzo.

—Vaya, estabas hambrienta.

Se sonrojó. Nunca había devorado la comida, mucho menos usando solamente los dedos. Ser hija del alguacil había implicado seguir más protocolos que el resto de los niños, por si algún día comía alguien importante en la casa. Era la primera vez que ignoraba los modales y escuchaba únicamente a su estómago vacío.

—¿Qué significa *sassenach*?

El pelirrojo se tensó, si bien rápidamente se aflojó y siguió desayunando el contenido de su propio cuenco.

—Es una forma de referirnos a los extranjeros, principalmente a los ingleses —puntualizó, algo avergonzado. Carraspeó—. ¿Duncan te ha dicho eso?

—Sí.

Por el tono, estaba claro que no era un halago. Había sido despectivo y Nessie había notado el insulto en su propia carne, golpeándola como el bofetón de la noche anterior.

—Discúlpalo, no debería haberte llamado así.

—No pasa nada. —Nessie podía comprender que la odiase. La revuelta que había culminado en la batalla de Culloden había marcado un antes y un después para los clanes escoceses. Les habían arrebatado todo cuanto tenían. Algo encajó en Nessie, como una pieza que encontraba su lugar—. Sois fugitivos, ¿no es cierto? —Casi se rio por no haberse dado cuenta antes—. Estáis escapando de los casacas rojas porque estabais en el bando equivocado en Culloden. ¿Por eso estáis aquí?

Thane apretó la mandíbula. No le gustó que le recordaran que habían perdido y que ahora estaba escapando de la justicia para no ser ejecutado como otros tantos que habían sido aprisionados. Incluso en Dalston había carteles de búsqueda y captura, por si algún jacobita traidor había osado traspasar la frontera y buscaba refugio en territorio hostil.

—Eso explica que Duncan me deteste y quiera hacerme daño —siguió diciendo Nessie. Esta se llevó una mano a la boca, impresionada por el rencor que podía alojar en su alma un ser humano. Aunque, si ella estuviera en su lugar, ¿no haría lo mismo? Se aclaró la garganta—. Quiere hacerme pagar por los errores de otros.

Thane casi sonrió.

—Eres inteligente —comentó—. *Aye*, estamos escondidos porque es mejor vivir aquí que dejarnos encerrar en una cárcel o ser ejecutados. Y sí, Duncan odia a todos los ingleses, pero creo que si pasáis días juntos puede llegar a apreciarte.

—¿Deberé quedarme aquí varios días? Quiero ir a buscar a Lachlan.

Thane se levantó y recogió los platos de madera. De nuevo, no dijo nada y se marchó. No quería hablar de Lachlan. Él podía

interrogarla al respecto, pero no iba a explicarle qué relación tenía aquel campamento con el amigo de su madre.

Nessie se mordió los labios por ahorrarse un grito de frustración y tomó la decisión de escapar.

Recuperó su bolsa de provisiones, que había descubierto junto a la palangana y comprobó que seguía habiendo comida suficiente. La fruta estaba podrida, pero era mejor devorar algo en mal estado que alimentarse de raíces.

Vio algo junto al banco en el momento en que se ataba la capa. Farlan había empezado a tallar algo en una madera, pero lo había dejado a medio hacer. La punta era afilada. Sujetando aquel pedazo de madera, cualquiera pensaría que Nessie sostenía una estaca. Lo tomó y asintió, segura de que aquello podría servirle para su cometido.

Apresurándose, pues desconocía cuándo volvería Farlan a la tienda para vigilarla, se puso su cinturón. Odiaba dejar atrás sus armas, pues la daga de Alec era muy especial, pero quizá era la única oportunidad que tendría para regresar al camino. Colgó el pequeño fardo con comida en su cinto.

Fue hacia el lado opuesto de la tienda, en el lado contrario de donde estaba la puerta de lona. Con la improvisada estaca, empezó a clavarla allí donde se juntaba el fin de la pared y empezaba el suelo. Por la noche había visto en ese punto de la carpa que apenas había luz al otro lado. Suponía que allí no había más campamento y que no hacían fogatas por las noches. Con suerte, encontraría árboles y podría adentrarse en ellos sin que ningún otro guerrero la viera y diera voz de alarma.

Terminó de rajar la tela con las manos, tirando y tirando, hiriéndose la piel tierna de la cara interna de los dedos. Pero lo logró y casi derramó lágrimas de felicidad cuando una bocanada de aire frío la abofeteó.

Con dificultad, su cuerpo atravesó el hueco arrastrándose por entre la tierra húmeda, las hojas caídas y las ortigas. Desde el suelo miró a su alrededor. Al ver los árboles, altos y frondosos, se felicitó

por tener una gran intuición. Nunca se había visto obligada a usarla hasta ahora y parecía que había hecho algo bien. Allí estaba el límite del campamento. A cada lado había tiendas con una separación considerable de la de Thane, pero si Nessie miraba al frente no había nada. Solo una buena oportunidad que debía tomar en ese mismo instante.

Se dio un último empujón para escurrirse de la tienda. Dejó a un lado la comida. Se había aplastado al recorrer el suelo y ya no le servía. Quiso llorar. No obstante, se dijo que no era el momento de decaer solo por no tener provisiones.

Una vez que pudo ponerse de pie, se colocó la capucha y echó a correr sin molestarse en abotonarse la capa.

No se planteó ir a buscar un caballo por temor a ser encontrada.

Corrió durante minutos y, cuando se detuvo a coger aire, los oyó. Eran gritos de hombre. Por el revuelo, eran varios los que chillaban. No les entendía porque estaba muy lejos el asentamiento, mas estaba segura de que estaban buscándola. Lo cual era terrible, porque todavía no les llevaba suficiente ventaja. Maldijo entre dientes. Si tan solo no se hubiera dormido y hubiera hecho aquello de noche, ya estaría muy lejos de allí.

Respirando hondo, volvió a ponerse en marcha. Sus músculos, nada acostumbrados al ejercicio y todavía maltratados por el viaje a caballo, se tomaron la molestia de recordarle cada pocos segundos que moverse tan rápido era doloroso. Pese a todo, Nessie no se detuvo. Parar ahora sería rendirse, y por la memoria de su madre que no lo haría.

Pensar en Emma y el sacrificio que había hecho, protegiéndola y echándola de casa cuando el pueblo entero fue a buscarla, la llenó de energías renovadas. Ignoró el fuego de los pulmones, la tirantez en muslos y pantorrillas. Continuó saltando las raíces salidas, esquivando rocas y rodeando árboles.

Se sentía perdida en medio de un lugar húmedo y muy verde. No sabía dónde estaba ni dónde encontrar el camino que la llevaría a Dumfries. Incluso dudaba de estar ya en territorio inglés.

Aquello haría que tardase algo más en encontrar a Lachlan, pero al menos no estaría sometida a Thane.

¡No pensaba estar a merced de otro hombre! ¡Su padre ya había sido suficiente! ¡Nessie no permitiría que un tipo le dijera qué hacer, cómo y cuándo!

Apretó los dientes hasta que la mandíbula se quejó y un zumbido incómodo se instaló en las orejas, impidiéndole oír nada más que aquel ruido en su propia cabeza. Siguió corriendo y corriendo hasta que pesadas gotas de sudor le mancharon la cara y apelmazaron el pelo. Podía ver luz entre los árboles, quizá el inicio de un camino. Cada vez estaba más cerca...

Algo la derribó.